



Presupuestos básicos para la investigación histórico-educativa

José Romero Delgado

Universidad de Huelva

Como señala el autor, no puede plantearse en profundidad la problemática de la investigación histórico-educativa, sin antes plantearse la misma cuestión con respecto a la Historia en general. Las historias sectoriales son, ante todo, Historia, y el oficio de historiador de la educación es, sin ninguna clase de complejos, oficio de historiador. En el presente artículo se hace una reflexión sobre la Historia, pero también sobre el método histórico en investigación, las fases, modalidades y fuentes documentales a tener en cuenta por el historiador de la educación

Throughout these lines the author states that a diachronic study on education can't be carried out successfully if a similar study on History in general isn't completed. Sectional histories are History, and a historian's job is History. This article expresses an accurate reflection of historical methods of investigation, its types, stages and documentary sources.

1. Introducción

No puede plantearse en profundidad la problemática de la investigación histórico-educativa, sin antes plantearse la misma cuestión con respecto a la Historia en general. Las historias sectoriales son, ante todo, Historia, y el oficio de historiador de la educación es, sin ninguna clase de complejos, oficio de historiador. Esto es lo sustantivo, lo adjetivo es lo sectorial y sin lo sustantivo es imposible delimitar, que no acotar, el campo propio de cualquier historia sectorial: Historia de la Medicina, Historia del Derecho, Historia del Deporte y por supuesto el ámbito propio que nos ocupa: la Historia de la Educación.

2. El hombre sujeto y objeto de la Historia

La crisis del historicismo y del positivismo nos alejaban de la posibilidad de una Historia encuadrada en el conocimiento científico, ya que sus propios relativismos residían en un olvido o en una parcial visión del sujeto de la Historia, empañada por una estereotipada visión de los «acontecimientos» y por una rigidez en la utilización del tiempo histórico. Precisamente ocuparnos en analizar las posibilidades de la Historia como ciencia es tarea que iniciamos a continuación. Y es la Historiografía actual la que nos lleva a la conclusión de que la Historia tiene por objeto los acontecimientos del pasado, pero a partir de la dimensión antropológica de la conciencia: historicidad, temporalidad, individualidad y sociabilidad. Por tanto es

el hombre el sujeto de la Historia, en todas sus dimensiones, si bien, el verdadero sentido de la autoconsciencia es un proceso inconcluso, «in fieri». Autoconsciencia que, en los diferentes estadios temporales, constituirá el «cuestionario» desde el que se perfilará la Historia del futuro.

Pero, además, los acontecimientos históricos, «no los producen los historiadores bajo condiciones de laboratorio para estudiarlos con precisión científica/.../ La Historia es una ciencia a la que compete estudiar acontecimientos inaccesibles a nuestra observación y estudiarlos inferencialmente, abriéndonos paso hasta ellos a partir de algo accesible a nuestra observación, y que el historiador llama ¡testimonio histórico! de los acontecimientos que le interesan» (Collingwood, 1984: 242-243).

Nuevas interpretaciones de escasa duración, en su pretendida aceptación, de neopositivistas y neoidealistas, para llegar, tras los estudios de la Escuela de los «Annales» de Febvre y Bloch, entre otros, a la conclusión que, hoy por hoy, es generalmente aceptada: la Historia es una ciencia que se propone de nuevo el conocimiento del hombre a través del conocimiento riguroso del pasado. En este ambiente la concepción de la Historia sufre diversas crisis de identidad, siendo la más llamativa la que pretendía reducirla a una ciencia de la economía que, sin duda, tenía claras resonancias marxistas, pues como acertadamente apunta Collingwood: «La posición marxista ante la Historia tiene el vigor y la debilidad de la de Hegel: su fuerza para abrirse paso entre los hechos hasta alcanzar el nexo lógico de los conceptos que le sirven de fundamento; su debilidad al elegir un aspecto de la vida humana (el político en Hegel, el económico en Marx), como si este aspecto por sí sólo fuera plenamente racional» (Collingwood, 1984: 125-126).

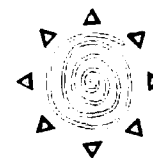
Un acontecimiento frecuente durante el siglo XX ha sido la polémica entre los filósofos de la Historia, luchando por encontrar sentido y método propio a la Historia. Y así Maritain, Jaspers, Heidegger, Husserl, Popper, Marcuse, Habermas, entre otros, llegan a diseñar la Historia con una sola finalidad: saber más del hombre. Los existencialistas, los lógicos, los analíticos, los representantes del Círculo de Viena tienen modos diferentes de hacer la Historia, pero en todos se observa esa característica común: buscar el pretérito para llegar a un mejor conocimiento del presente y un «un mejor hacer» el futuro.

La Historia se ha alejado «en forma creciente de su pasado filosófico y literario como de las ilusiones científicas del positivismo» (Cardoso y Pérez Brignoli, 1981: 38), y al final, mantiene una constante trabajosamente conseguida, cual es la de constituir una ciencia del hombre, por el hombre y para el hombre, donde sujeto y objeto se confunden en una síntesis integradora.

Esta concepción de la Historia, como decíamos más arriba, ha sido trabajosamente conseguida y, en su camino, una fecha pionera, 1921 con la aparición de la obra de Bauer, *Introducción al estudio de la Historia*, y posteriormente, a partir de 1929, la «lucha», «los combates» mantenidos enérgicamente por Bloch y Febvre, por medio de la revista los Annales, «que no pretendía rodearse de murallas, sino hacer irradiar sobre todos los jardines del vecindario, ampliamente, libremente, indiscretamente incluso con espíritu, su espíritu. Quiero decir un espíritu de crítica e iniciativa en todos los sentidos» (Febvre, 1982: 39).

Y esta concepción era fruto de un cambio fundamental: pasar de la Historia-narración a la Historia-problema, de la Historia-juez a la Historia comprensiva. March Bloch expresa ya esta aspiración: «Una palabra domina e ilumina nuestros estudios: ¡compresión! No digamos que el buen historiador está por encima de las pasiones; cuando menos tienen esa. No ocultemos que es una palabra llena de dificultades, pero también de esperanzas» (Bloch, 1982: 112).

Era la esperanza de convertir la Historia en Historia integral, de que dejara de ser Historia política, esto es, un arma arrojada contra «el que no era de los nuestros», semilla de separación, de odio entre los pueblos y entre las culturas. Era la esperanza de construir una Historia para la mutua comprensión y para la paz.



Así pues, la Historia que surge en la actualidad se ocupa de las sociedades humanas que se transforman, de las sociedades en cambio, y que se propone comprender el presente a través del pasado y éste por aquél. Es la Historia que tiene que tener presente las interacciones entre todas las actividades humanas¹.

Ni Bloch, ni Febvre descuartizan al hombre, ni «el hombre religioso», ni «el hombre político»...el hombre de carne y hueso, el hombre que reúne todos esos adjetivos a la vez. Hombres dotados de funciones de actividades diversas que se mezclan, que se entrecruzan para concluir en paz ese compromiso que se llama vida. El historiador, no obstante, podrá interesarse por una de las actividades de este hombre concreto, pero sin perder de vista la totalidad del hombre, ni el marco social en que vive ese hombre.

En esta Historia va a desaparecer el aislamiento disciplinario en favor del tratamiento interdisciplinario. Una Historia que aprovecha el auge, a partir de los años treinta, de las ciencias del hombre y va a fundamentar su relación orgánica. Con esta relación orgánica entre la etnología, la geografía, la economía, la sociología, la antropología, se llegará a la unidad de materia y de reflexión histórica. Esta reflexión será la dinámica, el puente de oro, que une el tiempo y esas actividades diversas del hombre.

Esa será la Historia nada más y nada menos. Una Historia comparada de los espacios y de los tiempos, a favor del trabajo en equipo, alejada del investigador solitario y de temas unilaterales y que propicia la búsqueda guiada de hipótesis de trabajo y por su propia problemática². Es la Historia que necesita, según Eiras Roel, de un historiador comprometido con el presente y, en la medida que vive su presente, es capaz de preguntar al pasado y, en ese cuestionario, el pasado le va a proporcionar hipótesis de trabajo y sus claves interpretativas.

Una Historia cuyo rasgo más sobresaliente para Marrou es aprehender el pasado del hombre en su totalidad, en toda su complejidad y su entera riqueza³. Era la consideración de la Historia como un saber total, que no acepta una narración por dinastías, batallas tratados, alejándose de un cuadro demasiado estrecho. Historia como saber total, que al decir de Bloch debe ser tomado como «horizonte del historiador», sin que ello sea obstáculo para proceder a una necesaria delimitación del objeto y de los objetivos que el historiador debe marcarse, pues «ningún historiador cuerdo intentaría empresa tan utópica como la de abarcar al conjunto de la experiencia» (Bloch, 1982: 63).

Hoy, el carácter científico de la Historia parece puesto fuera de toda duda, pese a las secuelas, aun vigentes de épocas pasadas, entre idealistas y positivistas. Nosotros tomamos postura de la mano de Bloch: La Historia es una, «ciencia en marcha que, como todas las que tienen por objeto el espíritu humano, se halla en la infancia. Ciencia vieja bajo la forma embrionaria del relato, mucho tiempo envuelta en ficciones, mucho tiempo todavía unida en los sucesos más inmediatamente captables, es muy joven como empresa de analizar» (Bloch, 1982: 46).

Ello no debe ser obstáculo para elaborar un discurso histórico-literario. Ya Menéndez Pelayo decía que en la Historia «la ciencia es punto de partida, pero el arte es su término». La Historia con la tendencia abierta por la Escuela de los Annales, se fue enriqueciendo con las aportaciones de otras ciencias y, día a día, fue perfilándose una historia científica por su insistencia en el planteamiento de hipótesis verificables, por su espíritu crítico y por su apertura a nuevos métodos y nuevas técnicas, sin dejar de alumbrar problemáticas reales.

3. Etapas recientes del conocimiento histórico

El desarrollo actual de la ciencia histórica cabe situarlo a partir de 1946, año de aparición del Manifiesto de los Nuevos Annales. En este desarrollo Cardoso marca tres etapas fundamentales:

1ª Etapa.- Decenio de organización (1945-1955). En la que se contribuye:

- a) A la sustitución de la Historia-relato, por la Historia-problema. Es fruto de una profunda reflexión epistemológica.
- b) Al descubrimiento de bases estructurales de las sociedades. La nueva historia estructural establecerá las relaciones entre los hombres entre sí, entre los hombres y las cosas, de un modo estable.
- c) A la ampliación del concepto histórico, tanto en el sentido material que atiende a lo cotidiano, como en el formal, completando los hechos aislados con el conjunto que se repite.

2ª Etapa.- Decenio de aproximación a las Ciencias Sociales (1955-1965). Años de afianzamiento de la Historia estructural y analítica en su sentido vital. Se incorporan modelos de las ciencias sociales que permiten establecer leyes relativas y flexibles con que la Historia adquiere cierta afirmación nomotética. Es el momento de una verdadera importación de técnicas y métodos, además del vocabulario y problemática con relación a la economía, a la política, a la demografía, sociología, etc.

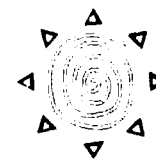
3ª Etapa.- Decenio de la revolución metodológica (1965-1975). Se enriquecen y consolidan los métodos de trabajo en una triple dimensión: cuantificación, interdisciplinariedad y planificación⁴.

Tras estas etapas, puede afirmarse que cada vez que nos acercamos a nuestro presente encontramos nuevas concepciones historiográficas que nos han ofrecido desde nuevos paradigmas, el retorno del sujeto y toda una inquietud ante nuevos enfoques surgidos desde que Fukuyama anunciara su famoso «fin de la Historia» y se procediera por parte de la comunidad internacional de historiadores al balance de la historiografía del pasado siglo XX. Buena muestra de ello son los Congresos Internacionales que han tratado durante las dos décadas que siguen toda una serie de preocupaciones historiográficas que han cristalizado en corrientes especializadas como la historia inmediata que no es más que la participación de los historiadores de oficio en el tratamiento global, otro enfoque, de los acontecimientos que se desarrollan en plena actualidad y, por tanto, dado lugar a una historiografía definida que supera al mero tratamiento periodístico, es sin duda hacer la historia no sobre el pasado, sino estudiar el propio presente con herramientas de la historia de siempre presididos por un enfoque interdisciplinar y auxiliados por las nuevas tecnologías de la información⁵.

4. Método de la Historia

Bloch (1982:23) afirma que «una ciencia no se define sólo por su objeto. Sus límites pueden ser fijados también por la naturaleza propia de sus métodos». Por tanto el concepto de Historia y su categoría científica necesita explicar su método, es decir, cómo el historiador organiza su contenido, cómo lo selecciona, cómo lo estructura. Una dificultad señala en este punto el propio Bloch ya que «el historiador se halla en la imposibilidad absoluta de comprobar por sí mismo los hechos que estudia». Porque el pasado «por definición es un dato que ya nada habrá de modificar. Pero el conocimiento del pasado es algo que está en constante progreso, que se transforma y perfecciona sin cesar». Esta dificultad acecha al carácter científico o no de la Historia.

Etimológicamente método, μέθοδος, camino a seguir. Es proceso, es en definitiva, «el conjunto de procedimientos y normas para alcanzar un fin». Esta definición sería aplicable tanto al método empírico como al método científico. Por ello, para determinar qué sea el método científico tendríamos que determinar que esos principios y normas deben ser fundamentados.



4.1. Aspectos del método histórico

El método científico, a su vez llamado epistemológico, es el método fundamentado que tiene dos aspectos claramente diferenciados:

- a) Estructura formal, caracterizada por la certidumbre objetiva, la coherencia y la validez.
- b) Estructura modal: economía, eficacia y acierto.

Es preciso diferenciar también, «metodología» de «técnica». Ambas están constituidas por una serie de procedimientos fundamentados que caminan hacia un fin, pero con una diferencia: la primera es immanente al pensamiento; la técnica actividad provisional. Si bien «metodología» como término se usa para indicar una y otra significación. En la Historia no resulta fácil precisar la metodología científica, lo que no equivale a decir que el método empleado no es consecuente con todas las exigencias del método científico.

Pero el camino recorrido a lo largo del último siglo, ha terminado por fijar el método histórico. Y desde la historiografía de la primera década del siglo XX, heredera del XIX, que ha sido llamada «historia historizante: (H. Berr) o episódica (evenementielle: P. Lacombe)»⁶ hasta la actualidad, el historiador ha dejado de ser un recopilador de hechos históricos singulares expuestos literalmente, para transformarse, después de 1929 -por influencia de los Annales-, en estudioso de los hechos recurrentes. Y la historiografía se llena de términos como cuantificación, coyuntura, estructura, modelo, sin duda por influencia de las ciencias sociales y, en especial, por la Psicología, por la que el mismo Febvre sintió tanta atracción. Desde entonces se va a entender la Historia como una ciencia en continua evolución, pero al mismo tiempo, cumpliendo lo dicho por el propio Febvre: «No hay historia económica y social. Hay historia sin más en su unidad. La Historia que es por definición absolutamente social. En mi opinión la Historia es el estudio científicamente elaborado de las diversas actividades y de las diversas creaciones de los hombres de otros tiempos, captadas en su fecha, en el marco de sociedades extremadamente variadas y, sin embargo, comparables unas a otras...» (Febvre, 1970: 39-40).

4.2. Fases del método histórico y modalidades metódicas sectoriales

En la anterior definición vemos integradas las dos fases fundamentales del método en la investigación histórica: el planteamiento del problema y la formulación de hipótesis. Esto quiere decir que la configuración de la Historia como ciencia necesita por parte del historiador, de esos dos «a priori» que, sin duda necesitan su complementación, pero que implican la común aceptación de que el historiador no se limite sólo a narrar, sino que ante todo le compete ser verdadero intérprete del pasado al que diagnostica con verdadero «ojo clínico», utilizando para ello a la ciencia, a la técnica y el arte. De la Historia narración se pasa a la historia problema, abierta al esquema de una «ciencia en construcción» (Cardoso, 1977: 291).

En 1955, en el Congreso de Ciencias Históricas de Roma se plantea «de forma sistemática una metodología de investigación referida al estudio de la estructura y las relaciones sociales» (Ibidem, 292). Así nació la Historia «social» como especialidad, junto a la historia demográfica, económica, etc. Al parecer la idea de Bloch y Febvre quedaba superada al configurarse esta «especialidad» de la Historia que cuidando sus relaciones con otras «especialidades», delimitando su objeto «al estudio de los grandes conjuntos: las clases, las categorías socio-profesionales». (Bouvier, 1977: 239). Perfilándose, junto a la Historia social, como historias sectoriales otras dos grandes ramas: la Historia demográfica y la Historia económica. Las tres se complementan como se complementan sus respectivas metodologías, por ello no se pueden establecer límites precisos entre unos y otros. Por el predominio de un método sobre otro se señalan sus diferencias.

El método cuantitativo tendrá especificidad en la Historia demográfica con sus variantes de la época y de las fuentes. Un ejemplo esclarecedor cita Cardoso, cual la explotación de los registros parroquiales, con dos métodos: «El inglés o de los recuentos globales: recolección de datos en hojas especiales, modo de llevar esas hojas...relativas a casamientos, entierros, con elaboración de fichas-resúmenes anuales y por el período... y el francés o de reconstrucción de familias, explotación de fichas de familias...» (Cardoso, 1977: 293).

La Historia económica requerirá un conocimiento básico de conceptos económicos y estadísticos, condiciones necesarias para ser investigador en este sector de la Historia. Esto ha supuesto la introducción de la cuantificación en la Historia, y la pregunta que el historiador se hace siempre: «¿qué es un hecho histórico? A la contestación del positivismo refiriéndolo al acontecimiento, se ofrece la alternativa de referirlo a una 'serie estadística'»⁷. Este nuevo enfoque ha sido llamado por P. Chanu «historia serial» y que según este autor requiere: «El objetivo es, pues, la reconstrucción de una serie- de precios, por ejemplo-, con la mayor confiabilidad, continuidad y homogeneidad posibles» (Ibidem, 230).

En definitiva, curvas, gráficos, índices estadísticos, constituyen la expresión típica de la metodología de la Historia económica que, siguiendo a Feuret, debe ser considerada no como un «objetivo en sí misma», sino como un paso hacia la «historia total».

Cuando entramos en la Historia social recordamos la conocida frase de Bloch: «el historiador debe estar allí donde está la carne humana». Y es que la Historia, para los historiadores de los Annales, está donde está el hombre que no los personajes. Y los hombres viven al lado de otros hombres con sus mentalidades colectivas, con luchas de clases, persiguiendo medios de subsistencia, con la evolución de los diversos problemas, con el crecimiento vegetativo... Sin duda la Historia social «ya no era la cenicienta de los estudios históricos, injustamente postergada por la miopía de los círculos académicos dominantes» (Casanova, 1991: 12).

Por ello, la Historia social necesita, sin lugar a dudas, de las anteriores metodologías, con un carácter ciertamente peculiar, ya que la Historia social comprende una serie de contenidos: cultura, religión, mentalidades, educación, modos de organización política, que invalidan la adopción de un método en exclusiva. Sin embargo la Historia social adaptará a sus características el uso de estos métodos, es decir, el historiador social trabajará con métodos demográficos y económicos, pero con una perspectiva diferente, orientada por la propia finalidad de la Historia social. Por ello utilizará, también, la 'cuantificación' y la 'estratificación' aplicada a temas que no pueden en ellos faltar, tales como el estudio de las jerarquías sociales y la base económica. Con respecto al poder económico y su base social, Labrousse hizo famosa una ponencia presentada en el mencionado *Congreso de Roma de 1955*, todo en relación con los estudios sociales y la cuantificación⁸. Estos métodos están llamados a tener, hoy, especial relevancia en la investigación de las instituciones educativas desde el punto de vista histórico. Ello es aplicable a los centros docentes de la América colonial hispana, ya que la documentación existente en el Archivo General de Indias, sobre todo, nos ofrece una serie de datos insertos en los cuadrantes de diezmos, estadísticas sobre gastos de cera y aceites, planos de centros educativos, etc. que inciden sobre los aspectos materiales de las instituciones investigadas: hospicios, seminarios, hospitales, así como el coste económico de cátedras, becas, salarios de profesores y personal no docente como eran mayordomos, porteros, criados, etc., cuya utilización para los fines propios del historiador de la educación, requieren el manejo adecuado de tales métodos. También la Historia social ha de utilizar los métodos de la Sociología y de la Psicología que en manos del historiador alcanzaran vida propia, para ser, simplemente, métodos históricos.

Actualmente tiene cabida en la metodología histórica el uso del 'método comparativo', que para Piaget constituye un factor para convertir a las ciencias del hombre, y entre ellas a la Historia, en verdaderas ciencias nomotéticas, contribuyendo a una mayor sistematización del conocimiento, debido a esas tendencias comparativistas⁹.



En resumen y siguiendo a Bloch es interesante dar cuenta «tanto de la similitudes como de las diferencias existentes entre los elementos comparados». Y en definitiva, el método comparado debe usarse como otros métodos, con ponderación y de una manera sistemática, encuadrado en los métodos propiamente históricos, es decir, en aquellos, que el verdadero investigador del pasado utiliza para una reconstrucción total de la vida del hombre, verdadero sentido de la Historia. En consecuencia se puede hablar de un procedimiento general válido para afrontar la construcción del conocimiento histórico, con unas fases que hay que cubrir y que se comprenden dentro del que se ha denominado «método histórico».

A su desarrollo contribuyeron algunas disciplinas eruditas que aparecieron en pleno Renacimiento que ayudaron decisivamente al entendimiento de documentos medievales y antiguos. Y ya desde el siglo XVIII y sobre todo del XIX se pasó a cierta sistematización que conduciría a que el método histórico recorriera las siguientes etapas en su aplicación:

- Heurística
- Crítica Interna y Externa
- Hermeneútica
- Síntesis y exposición

Sin embargo no hay que ver en ellas etapas sumamente diferenciadas, sino un todo aglutinador como viene a expresar el profesor Ruiz Berrio: «Lo que se dibuja en ellas (etapas)... las limitaciones del historiador como hombre que es, imponen al trabajo. Pero en cada momento del mismo conviene tener siempre presente la totalidad del proceso, para no confundir una parte del método con la Historia y para que tenga sentido el carácter parcial que se vaya realizando» (Ruiz Berrio, 1976: 450).

5. Fuentes de la Historia

La metodología histórica debe apoyarse en las fuentes. ¿Dónde si no se apoyará el historiador para elaborar sus contenidos? ¿Sus interpretaciones qué bases tendrán? Si la metodología no se apoya en el dato fiable no es ya metodología y de nada valdría plantearse, proyectar una investigación histórica perfecta en lo formal y carente de testimonio histórico que deriva de la documentación, del dato.

En general, «todo cuanto el hombre dice y escribe, todo cuanto fabrica, cuanto toca puede y debe informarnos acerca de él» (Bloch, 1982: 55). Quiere decir que la Historia, como conocimiento científico, se ocupa del pasado del hombre, y tiene que estar abierta a todas las posibilidades de información, pero debe saber seleccionar, sin aislar cada una de las informaciones.

Tradicionalmente se han clasificado las fuentes en 'primarias' y 'secundarias'. Aquellas constituidas por manuscritos de Archivos y las fuentes impresas de la época correspondiente. Estas por la documentación bibliográfica que sobre el asunto o época existen. No hay que olvidar la importancia de los 'testimonios vivos', cuando al tema a investigar ofrece tal posibilidad. Se suele, a su vez, tener en cuenta el material del que proceden las fuentes y así se distinguen entre fuentes escritas, iconográficas, orales y el utillaje instrumental¹⁰. Esta clasificación conducirá a múltiples esquemas que sólo estarán limitados por la rama de la Historia o el asunto a historiar.

Gran importancia, por la economía de tiempo y trabajo, tienen los inventarios de Archivos, las Guías bibliográficas, los Catálogos de Museos. Conocer el manejo de estos instrumentos es de gran utilidad al historiador¹¹. La tecnología ha propiciado una serie de innovaciones en el tratamiento documental, que van desde el estudio filmico de documentos hasta la variedad de tratamientos informáticos de las fuentes.

5.1. Nuevos planteamientos en el estudio de las fuentes

En el estudio de las fuentes no podemos ignorar nuevos planteamientos que nos llevan a hacer algunas precisiones dentro de esa «ruptura metodológica» que ha habido en el hacer científico de la Historia. Este es el caso de la influencia de la lingüística en la investigación histórica en general y en el tratamiento de las fuentes en particular: content analysis, el diferenciador semántico, los campos léxicos o los «convoyes semánticos». Esto conlleva la aplicación de las posibilidades del investigador para utilizar las fuentes a través de la codificación de documentos y de bancos de datos.

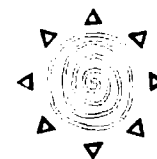
Uno de los logros de la Historiografía actual ha sido la superación del tradicional concepto de fuente, restringido al documento escrito, ampliándolo a todo tipo de documento, como ya venimos indicando. Y, a su vez, superar la identificación positivista del conocimiento y selección de fuentes con la misma investigación histórica. Por ello, no a la absolutización de Langlois y Seignols: «sin documentos no hay historia». Si, en cambio a la concepción preclara de Febvre, para quien «la historia se hace, sin duda, con documentos escritos cuando los hay» y añade, «puede hacerse, debe hacerse sin documentos escritos cuando no los hay» (Febvre, 1970: 30).

El historiador de la educación se encuentran con documentos de diversa naturaleza y al profesor Ruiz Berrio le debemos una clasificación que ya se ha hecho clásica en la que se recoge desde una gran variedad de documentos; escritos que van desde inscripciones simples, correspondencia, a boletines oficiales, pasando por guías de matriculas. Hoy para realizar la historia escolar cobran singular relevancia el «cuaderno de clase» y, también el «diario de preparación de lecciones», que forman parte de lo que se vienen denominado cultura escolar y con ellos trasciende el mero tratamiento historicista de la tradicional transmisión de saberes, centro de la actividad escolar, y se buscan comportamientos docentes y discentes que se descubren con nuevos enfoques metodológicos que basan su actuación en los procedimientos etnográficos.

Un modelo de análisis de este tipo de fuentes, puede encontrar el lector en los trabajos presentados al *XI Coloquio Nacional de Historia de la Educación*. También el citado Ruiz Berrio nos introduce en las denominadas fuentes no escritas que también suponen documentos complementarios y, a veces esenciales, para reconstruir la historia reciente de la educación, como por ejemplo los discos y cintas magnetofónicas; asimismo pueden ser unas excelentes fuentes a estudiar documentos audiovisuales como cintas de videos, películas sonoras... Hoy las filmaciones se conservan de forma fácil y por ello son variadas y ricas las posibilidades de almacenar, archivar, volver a utilizar cinta magnéticas, de video, películas mudas y sonoras que sin duda nos ofrecen ese «climat» de la cotidianidad, de esa «intrahistoria» de la que hablaba Unamuno y que, sin duda, potencian al documento escrito cuando se pretende realizar una historia viva, una historia real para saber más del hombre y testimoniar su trayectoria de progreso. Y no digamos de la utilidad que determinadas piezas de utillaje y mobiliario albergan los recientes museos escolares abiertos en distintas comunidades autónomas¹². Piezas como tablillas, plumas pizarras, pizarrines, mapas, reglas, estuches, carpetas, carteras y mobiliario, pupitres, mesas de profesores, tarimas, graderías, doseles, que nos conducen a una interpretación del dato de acuerdo con la concepción jerárquica que la escuela tradicional ha tenido del proceso educativo.

Hoy es necesario tener en cuenta la renovación y potenciación de Archivos y Bibliotecas provinciales que, en relación a la Historia de España, lleva al descubrimiento de unas fuentes antes ignoradas y, a veces, despreciadas, y que están llamadas a ocupar un lugar clave para el historiador, desde la configuración autonómica de nuestro país¹³.

En nuestro enclave, cobran, como es obvio, gran importancia las fuentes que puedan descubrirse para la Historia de Andalucía que, sin duda, habrá que hacer desde nuestro sector de Historia de la educación local y provincial. Es evidente que



la historia local tiene una corta pero fecunda tradición en Huelva llevada a cabo por los departamentos históricos de su reciente Universidad, exponente de ellos es la excelente Revista Huelva en su Historia que publica ya su octavo número. En el sector Historia de la Educación han fructificado las siguientes obras: González Cruz, D. (1995): *Familia y educación en la Huelva del siglo XVIII*. Servicio de Publicaciones de la Universidad de Huelva; González Losada, S. (2000): *El curriculum oficial y sus primeros momentos en Huelva durante el siglo XIX*. Servicio de Publicaciones de la Universidad y también Maestros, alumnos y Escuelas en Huelva (1857-1900), Diputación Provincial, (1999); Romero Muñoz, A. (1999): *La pugna por el control y desarrollo de la escuela primaria en Huelva en la crisis de la Restauración*. Diputación provincial; Llerena Baizán, L. (1995): *Las escuelas siurotianas un modelo de renovación pedagógica*. Huelva, Diputación Provincial y toda la rica obra de este último autor sobre la figura de Manuel Siurot.

Notas

¹ REGLA, J. (1966): «Notas sobre el concepto actual de Historia» en *Revista de Occidente*, 37: 25-27.

² Ibidem, Ibidem.

³ MARROU, H.I. (1954): «De la connaissance historique». París, cfrdo en RICOEUR, P.: Tiempo y narración I, donde se hace una crítica ontológica a la Historiografía francesa contemporánea con agudeza sin dejar el referente de un análisis de la trama en Aristóteles.

⁴ CARDOSO, C. y PEREZ BRIGNOLI, H. (1977): *Los métodos de la Historia*. Barcelona, Crítica; 39-57.

⁵ Será de indudable interés la publicación de los resultados de una encuesta internacional acerca del Estado de la Historia propiciada por el Instituto de Estudios Gallegos Padre Sarmiento, bajo la dirección del Grupo Historia a Debate, que mantiene un congreso virtual de gran participación de historiadores de todo el mundo, especialmente latinoamericanos que es, a su vez, continuación de dos congresos reales celebrados en Santiago de Compostela en los años 1993 y 1999, cuyas actas están publicadas bajo la dirección del profesor Carlos Barros.

⁶ CARDOSO, F.S. (1977): *Los métodos de la Historia*, Barcelona; 19-21.

⁷ A) validez y seguridad; B) continuidad y abundancia; C) homogeneidad. FURET, F. (1971): «L'histoire quantitative et la construction du fait historique», en *Annales, Armand Colin, Paris*; 65.

⁸ Cfdo. en CARDOSSO, o.c. p: 296

⁹ CARDOSSO, F.S. en o.c.: 340 y s. Menciona entre otros a Kula, Piaget, H. See, Barraclough. Y critica el «uso inadecuado de la comparación histórica» en autores como Spengler, Toynbee o Rostow.

¹⁰ Una clasificación que sigue siendo válida en BAUER, W. (1944): *Introducción al estudio de la Historia*. Barcelona, Bosch; 219-222.

¹¹ GUIA DE LOS ARCHIVOS ESTATALES ESPAÑOLES: *Guía del investigador*. Subdirección General de Archivos. Madrid, Ministerio de Cultura, 1984. Al referirnos a las Fuentes de la Historia de la Educación, consideraremos, extensamente, los Archivos locales de nuestro entorno, lo mismo que los archivos de protocolos, vid MUÑOZ BORT, D.: *Fuentes para el estudio de la Historia de Huelva: los fondos documentales municipales en Huelva en su Historia*, 2: 7-28.

¹² RUIZ BERRIO, J. (S.A.): «Museos, exposiciones y escuelas», en *El hombre y la tierra Catálogo de exposición de material escolar y textos didácticos*. Facultad de Educación, Universidad Complutense.

¹³ En este sentido es loable la reordenación de la red de Archivos Municipales que lleva a cabo la Diputación Provincial de Huelva, bajo la Dirección y Coordinación de Remedios Rey.

Referencias

- BLOCH, M. (1982): *Introducción a la Historia*. México, FCE; 112.
- BOUVIER, J. (1977): *L'histoire sociale. Sources et methodes*. Paris, PUF.
- CARDOSO, C. (1981): *Introducción al trabajo de investigación histórica*. Barcelona, Crítica; 126.
- CARDOSO, C.F.S. y PÉREZ BRIGNOLI, H. (1981): *Los métodos de la Historia*. Barcelona, Crítica; 38.
- CASANOVA, J. (1991): *La Historia social y los historiadores*. Barcelona, Crítica.
- COLLINGWOOD, R.G. (1984): *Idea de la Historia*. (2ª Ed.) México, FCE; 242-243.
- EIRAS ROEL (1976): «Enseñanza de la Historia en la Universidad» en *Once ensayos sobre Historia*. Madrid, Rioduero; 208.
- FEBVRE, L. (1970): *Combates por la Historia*. Barcelona, Ariel.
- FEBVRE, L. (1982): *Combates por la Historia*. Barcelona, Ariel; 39.
- MENÉNDEZ PELAYO, M. (1956): *La ciencia española*. Madrid, Editorial Católica; 37.
- RUIZ BERRIO, J. (1976): «El método histórico en la investigación histórica de la educación», en *Revista Española de Pedagogía*, 134: 450-455.
- RUIZ BERRIO, J. (Ed.) (2000): *La cultura escolar de Europa. Tendencias históricas emergentes*. Madrid, Biblioteca Nueva; 11-12.
- POZO ANDRÉS, M.M. y RAMOS ZAMORA, S. (2001): *El Cuaderno de clase como instrumento de acreditación de saberes escolares y control de la labor docente en la acreditación de saberes y competencias. Perspectiva histórica*. Oviedo, Universidad de Oviedo, Sociedad Española de Historia de la Educación; 481-501.

José Romero Delgado
ha sido profesor del Departamento de Educación (Área de Teoría e Historia de la Educación) de la Universidad de Huelva.
Correo electrónico: romero@uhu.es